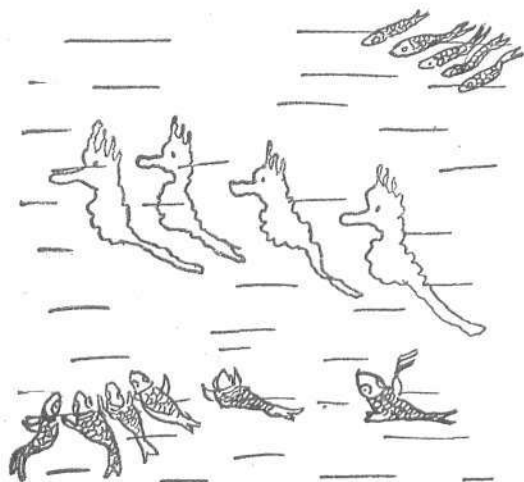


H U M O R

Los hipocampos o caballos marinos

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA



Los hipocampos son los juguetes del mar, los caballitos-bastón para que jueguen los niños de las sirenas, así como los niños humanos juegan por los pasillos montados como sobre el palasán de su papá sobre hipocampos de cartón y palo.

Siempre me han preocupado esos animales que quieren repetir en el fondo del mar un símbolo equino de la superficie de la tierra, pues hasta parecen revivir en ellos los alfiles con cabeza de caballo que son los hipocampos del ajedrez.

¿Por qué en el fondo del mar y sin más antecedentes ni semejanzas con los demás peces han aparecido estos peces con forma de caballo? ¿Fueron alguna vez caballos grandes y que por el encogimiento natural que producen las aguas son ahora caballos tan pequeños? ¿Hubo alguna vez en el fondo de los océanos carreras de caballos y esa afición que aquí es tan exasperada la traemos en el subconsciente desde que fuimos peces? ¿Es posible que hubiera ruleta en los antiguos caminos submarinos y esos hipocampos sean supervivencia de la ruleta deshecha?

Los ictiólogos no acaban de explicar el origen de esa forma noble en el fondo del mar. ¿Es que un día sobre la superficie de la tierra se movió ese hipogrifo en forma descomunal como un caballo esbelto caminando sobre un solo zanco?

Es la silueta del caballo que se ha metido de extrangis en el fondo del mar y asombra a toda la fauna marina con su altivo trote submarino.

El hipocampo, por su propia extrañeza, por lo que tiene de inconcebible, tiene fama de dar la buena suerte, y por eso el que tiene un hipocampo disecado tiene la mascota suprema.

Como en remedo de aquellas posibles carreras de la prehistoria, los pequeños hipocampos corren sus Grandes Premios entre hileras de

peces que les ven pasar en fila, con la ansiedad de ver cuál de ellos gana por una cabeza a los otros.

Tienen los hipocampos la particularidad de andar rectos, erguidos, rígidos en vez de andar horizontalmente como los demás peces.

Revelan venir de una alcurnia aristocrática cuando les ha sido permitido la esbeltez de andar derechos, en pie y con el pecho saliente y orgulloso.

Para que el hipocampo sea un pez más hipotético y raro, resulta que es el macho el que ejerce la maternidad, pues la hembra deposita los huevos en el bolsillo ventral de que está provisto el macho y es ahí, en su propia faja, donde nacen y se desarrollan doscientos caballitos marinos que, llegando la hora, expulsará el padre gracias a sus corcovos y sacudidas.

Los poetas han abusado de ese pez que se ha disfrazado de caballo y que siendo del tamaño de una lagartija parece en la poesía un pez grande y misterioso:

"El hipocampo de oro dignifica los mares."

"Altivos hipocampos presagian las carrozas..."

"Entierros metafóricos arrastran hipocampos."

¿Qué mujer perdió un dije a la orilla del mar y el dije cobró vida? Parece en verdad que el hipocampo nació de una fíbula que perdió Cleopatra una vez.

En los bautizos que sufren los viajeros del barco en el Ecuador, cuando se reparten los nombramientos de Neptuno y la señora gorda es titulada la ballena, es el más afortunado, el favorito del capitán, el que recibe el marquesado de hipocampo.

El simpático pez que desconcierta los mares

